

aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Cuando D. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿Has visto muger mas loca y mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando ví á Pomposita bañada en sangre, y á tu hermana privada, me afligí, porque creí que la criatura acaso travesando, se habia dado algun golpe, y el pesar de este accidente habia desfallecido á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura, y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto muger mas necia.

Yo advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde; porque solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputar con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasion; en este caso se desatienden

los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te enseñó; pero dejando esto aparte, dime ¿qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor informe iba á concluir la obra de su muger cuando queria volver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la accion; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educacion que da á su hija y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinion como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un



capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú explicame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo D. Rodrigo, así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su accion falta de carácter y sobra de amor propio. El se avergonzó porque vió reprendida su distraccion delante de todos por la agria reprehension de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las visitas, maltratando á la parte mas débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija, y queda persuadido de que habia obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin carácter, son malos maridos, malos padres, malos amos, y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia, y no pocas premian el delito, ó porque no conocen ni uno ni otro, ó porque les parece que así deben hacerlo.

Peor concepto formarias del carácter de tu cuñado, si alcanzaras á conocer las perniciosas consecuencias que acarrea á su familia. Oye sin asustarte. El orgullo de su muger, su disipacion, la mala crian-

za de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidacion del principal, que cada dia va de mal en peor, y todos los atrasos interiores y exteriores de la casa, no reconocen otro origen que el mal carácter, ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esto no es murmuracion: te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la experiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas veces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionisio, y conozco sus buenas cualidades; pero me compadece que tenga un carácter tan débil, y que esto sea causa del desórden de su casa: te hago ver este desorden y te señalo sus causas, para que si yo muriere ántes de poner en estado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la eleccion del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y segun las máximas que te inspiro, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del



matrimonio, si este fuere de su vocacion.

¿Pues qué el genio obsequioso de mi cuñado, decia Matilde, el que siempre dé gusto á su muger, el que la complazca, el que la estime y la sirva, es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los extravios de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirias si D. Dionisio fuera un hombre grosero y altivo, y que tratara á su muger como una criada? Yo conozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba D. Rodrigo; pero condenaria en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad, y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mugeres. Yo puedo equivocarme; pero segun

la experiencia que tengo las mugeres no serian tan fatuas, vanidosas ni locas, si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, despues de exceptuar los que se deben, unas veces las exasperan con sus modales duros y groseros; y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿cómo sabrán sus mugeres infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto mas lo serán los hombres que las permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo cuanto pueda y hasta donde alcance mi talento para darte las